

AMOR Y POESÍA, TIERRAS PROMETIDAS

Ana Recio Mir

Expresidenta de la Asociación Andaluza de Profesores de Español *Elio Antonio de Nebrija*

El pasado mes de julio disertaba Manuel Gahete sobre “Tradiciones literarias y nuevas tendencias estéticas: los ámbitos de la recepción” en el marco del espléndido curso *Los poetas del siglo XXI. Joven poesía española en la era digital* que la UNIA (Universidad Internacional de Andalucía) desarrolló en La Rábida (Huelva) y que él dirigió conjuntamente con la profesora Remedios Sánchez, de la Universidad de Granada.

Hablar de su poesía es siempre un desafío. Su trayectoria literaria está avalada por más de una docena de premios líricos y teatrales, entre los que sobresalen el Premio Nacional de Teatro Corto Barahona de Soto, 1985 por *Cristal de mariposas*, el Ricardo Molina en 1986 por *Nacimiento al amor*, el Miguel Hernández por *Capítulo de fuego* en 1989, el San Juan de la Cruz en el 2000 por *La región encendida*, el Ángaro en 2002 por *Mapa físico*, el Ateneo de Sevilla 2007 por *Mitos urbanos* o el primer Premio Fernando de Herrera 2013 por *El fuego en la ceniza*, por señalar solo algunos.

Para los que no lo conozcan, Manuel Gahete es hombre sencillo, inteligente, curioso viajero, amante de la Historia, perfeccionista, elegante de espíritu, exquisito... Él es exponente de esa idea que Vicente Aleixandre expresó en más de una ocasión: el poeta tiene que ser humano, porque sin humanidad no hay poesía. Pero si algo caracteriza su personalidad es el entusiasmo, el optimismo y la pasión por todo el goce que la vida le pueda brindar. Y, parte de él, se lo brinda la palabra. En ella, como en *La tierra prometida* —el poemario que comentaremos—, cristaliza su exigencia estética y su rico imaginario simbólico.

Es doctor en Filosofía y Letras. Una parte de su vida la ha dedicado a la docencia como catedrático de Literatura, hasta que decidió consagrarse a la creación literaria casi a tiempo completo: poesía, teatro, artículos, ensayos, traducciones..., un fértil “trabajador gustoso”, que diría Juan Ramón Jiménez. Lejos de sentirse abrumado por el trabajo, ha desempeñado importantes responsabilidades literarias al formar parte de la Junta Directiva del Ateneo de Córdoba, dirigir el Instituto de Estudios Gongorinos de la Real Academia Cordobesa o presidir en la actualidad la Asociación de Escritores de España, sección Andalucía. Es verdadero embajador de la palabra, una suerte de reencarnación de Juan Guerrero Ruiz en el siglo XXI: fue el artífice que catalizó la celebración en Córdoba del congreso *Góngora y su estela en la poesía española e hispanoamericana* en octubre de 2013, organizado por la ya desaparecida Asociación Andaluza de Profesores de Español Elio Antonio de Nebrija. Con su valiosísima ayuda se abrieron puertas que, de otro modo, habrían resultado infranqueables.

Con *La tierra prometida* obtuvo el primer galardón del Premio de poesía Carmen de Silva y Beatriz Villacañas de Boadilla del Monte (Madrid) en 2014,

que debió de ser una verdadera fiesta familiar ya que el volumen, publicado por Curva Polar producciones y el Ayuntamiento de esa localidad, tiene una delicada ilustración realizada por Ana Ortiz Trenado, —su mujer— y ha sido editado, diseñado y maquetado con sencillez y elegancia por Fernando Gahete Ortiz, hijo de ambos.

La tierra prometida, título de resonancias bíblicas, es un caleidoscopio en el que cristalizan sus ambiciones líricas y existenciales. Poesía comprometida en el afán de mejorar el universo. En él resuenan ecos que van desde la Literatura grecolatina a lo mejor de la poesía mística española y el barroco, desde el simbolismo francés a la poesía japonesa, sin olvidar la influencia bíblica. Reflexión sobre la propia existencia, la miseria del ser humano, la poesía como elemento vertebrador del mundo y simiente de esperanza son algunos de los motivos que articulan esta obra. Pero *La tierra prometida* es también el amor, tema clave desde la dedicatoria del mismo poemario: “Para Ana, mi tierra prometida” y asunto fundamental de las secciones primera y cuarta del libro, tan complejo por su vastísimo léxico como bien estructurado. Y también el lugar al que conduce la palabra poética para redimir del dolor y regenerar el mundo.

El volumen consta de cuatro partes: “Hégira” (con diez poemas en versos libres) —la más apasionada e íntima junto con la cuarta—, que aborda temas como la recuperación del amor, la trascendencia, la necesidad de un ser superior que dé plenitud a la vida (*Sé que no soy completo si tu luz no me busca*) sección alumbrada por el simbolismo lumínico —el más fértilmente cultivado por el autor, tanto en estas páginas como en el resto de su producción. Baste recordar títulos tan elocuentes como *Capítulo de fuego*, *El cristal en la llama*, *La región encendida* o *El fuego en la ceniza*; o la hipotética supervivencia a través de la palabra ¿Y si después de todas las palabras /ni siquiera pervive la palabra?

La segunda sección es casi un delicioso librito de viajes por la geografía japonesa. En sugerentes pinceladas, emplea el paisaje nipón para plasmar sus reflexiones y sentimientos *Quema la vida/el agua entre la arena./Y la sed, nieve*. Aquí se vale Gahete de veintidós haikus agrupados en torno a tres ciudades: Kagoshima, Kioto y Tokio, siete para cada una de ellas. A la condensación propia de la estrofa une el autor la hondura, la riqueza sensorial, el uso de oxímoros y sinestesias (*Tu voz irisa/leves labios de fuego/fríos corales*) y la originalidad de la denuncia social en esta estrofa (*la ciudad duerme./Riqueza en la basura/colecta el hambre*).

Siete textos componen la tercera parte del libro, “Islas bajo la luz”. Ahora el vate de *Códice andalusí* lleva al lector a recorrer las islas griegas: Rodas, Naxos, Santorini, Sifnos, Lesbos, Delfos, Mykonos. Se vale aquí del paisaje griego para invocar al amor (“Delfos”, “Lesbos”), proclamar el peligro que se cierne ¡Cómo negar la voz que nos confunde, /la mano que nos hiere, /la sombra que nos nubla, /el doloroso ardor de la amenaza! (“Rodas”), pero también para brindar esperanza, en mitad de la tragedia. El mar, en “Mykonos”, no solo simboliza la muerte ante un hipotético suicidio sino también la fusión de elementos naturales: *Volved y contemplad, /(...) la infinitud del mar Mediterráneo/para aprender a amarnos/como el agua ama la inmensidad de las estrellas, /por qué el adolescente enamorado /busca el refugio esquivo de la muerte*.

Finalmente, en los seis textos de la cuarta sección “El creador emboscado”, se retoma la intensidad expresiva y el encendido lirismo de “Hégira”. Emplea aquí la lira (“Espejo oscuro”), el verso libre, y también los tercetos encadenados

asonantados (“Mezquino idioma”). La luz vinculada a la hermosura y a la comunión con el espacio natural, la palabra como firme asidero y manantial lumínico o el amante como simiente que exacerba el deseo del ser amado son algunos de los temas que el creador aquí plantea. Es obvia la circularidad del libro, pero en estos últimos poemas desarrolla otro tema interesante, que había bosquejado en breves pinceladas al principio del volumen: su propia poética, la concepción de la lírica como destino que aproxima al hombre a la luz y a la belleza, como salvación de las inevitables adversidades de la vida. O como resignada aceptación de las mismas. La tierra prometida es también la poesía, instrumento que mitiga y redime del dolor al ser humano en esa travesía hacia lo hermoso. El volumen que se iniciaba con una paradoja *Me nombraste sin nombre* y la creación del cantor —recordemos el inicio del Génesis—, termina con estos versos, verdadero canto lírico: *Poesía, /luz eterna, /ya somos como eres, /tristes hasta el delirio y bienaventurados.*

Además de la intensidad y fuerza expresiva de los símbolos (el fuego, la sombra, el mar, el vino, los pájaros, las piedras), las abundantes antítesis y paradojas con las que a veces procura apresar lo inefable o cifrar lo trascendente como en la mejor poesía mística, sobresale en el poemario el vastísimo acervo léxico (recupera términos que ya han salido del diccionario del *Diccionario de la Real Academia*, como *arúspice*, que sí está en el María Moliner¹; otros, a la inversa como *heleado* que no recoge en su magna obra la filóloga española; infinidad de vocablos que no son de uso común en el español hablado (*ónfalos, estriges, encendajas, cendra*, hasta una voz de origen quechua como *yuyal*) que demuestran su afán de precisión, su alta exigencia estética, a la búsqueda de términos que rezumen belleza y que dificultan tanto como estimulan la singladura del lector por estas páginas. Palabras que son fruto de sus vivencias, de sus viajes, de sus amplias lecturas y de su afán por hacer de la lírica instrumento de redención del mundo. Amor y poesía, tierras prometidas.

¹ Cf. M^a. MOLINER: *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 2000, p. 126.